

Pentecostés – Hablar en todas las lenguas

Pentecostés significa “50 días”, porque se celebra 50 días después de la Pascua. El Pueblo de Israel recordaba en la Pascua su liberación de la esclavitud en Egipto, mientras que en Pentecostés celebraba la Alianza con Dios en el Sinaí. En esa ocasión, Dios descendió a la cima del monte en medio del fuego, el viento, el estruendo y el terremoto, y entregó a Moisés la Ley escrita por su propio dedo en tablas de piedra.



El Greco, Pentecostés (Museo del Prado, Madrid, 1610)

A nosotros nos resulta extraña la idea de celebrar la ley, aunque sea la Ley de Dios: podemos estar convencidos de que es valiosa y necesaria, y estar dispuestos a obedecerla, pero no nos parece motivo de celebración. Pero para Israel, la Ley de Dios no era ante todo una obligación sino un don: así como Dios los había liberado de la esclavitud exterior en Egipto, por medio de la Ley los liberaba de la esclavitud interior del pecado. La Ley era el signo visible de su presencia en medio de su Pueblo, incluso más que el mismo Templo. El creyente encontraba en ella el modo de vida que le permitía vivir en la amistad con Dios.

Sin embargo, Israel cae recurrentemente en la infidelidad, en la trasgresión a la Alianza. ¿Por qué? Los profetas, reflexionando sobre este drama, entienden que la Ley de Dios, escrita todavía en tablas de piedra, no podía ser lo definitivo, porque señalaba correctamente lo que está bien, pero no transformaba el corazón del hombre pecador para poder cumplirla. Por eso, anuncian que Dios haría una Nueva Alianza, que daría a su Pueblo una Nueva Ley, que ya no estaría escrita en tablas de

piedra sino en el corazón de los creyentes, los cuales de ese modo podrían obedecerla fielmente, con todo su ser.

Así podemos comprender el relato de Pentecostés en el libro de los Hechos. El Espíritu Santo descende sobre la Iglesia en medio del fuego, el viento y el estruendo, evocando el episodio

del Sinaí. Él es la Nueva Alianza, la Nueva Ley, que de en adelante estaría gravada en el corazón de los creyentes. Las lenguas de fuego que se posan sobre cada uno de los presentes indican esa transformación interior, que hace capaces a los apóstoles de anunciar el Evangelio “en todas las lenguas”, como mensaje dirigido a todos los hombres sobrepasando todas las barreras: “judíos y griegos, esclavos y libres”, como dice San Pablo en la segunda lectura (1 Corintios, 12-13).

Pero ¿en qué consiste esa transformación interior, que este relato alude sin explicitar? La respuesta la encontramos en el Evangelio (Juan 20,19-23). Juan sitúa Pentecostés la misma tarde de la Resurrección, en la que Jesús se aparece a sus discípulos, se deja reconocer y alienta sobre ellos el Espíritu Santo: “Reciban al Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan”.

Viento, aliento, espíritu, en griego se designan con la misma palabra: *pneuma*. Jesús alentando sobre ellos les comunica el Espíritu Santo, su mismo Espíritu, el que lo impulsó a lo largo de su misión y lo resucitó de entre los muertos. La presencia de Jesús en el corazón de sus discípulos no es entonces una presencia puramente afectiva (en el recuerdo, en el sentimiento) sino una presencia real: a través del Espíritu Santo los haría capaces de comprender su Mensaje, vivirlo plenamente y anunciarlo fielmente.

Si no fuera así, nuestra situación sería parecida a la de la Antigua Alianza: podríamos aceptar a Jesús como nuestra Ley, nuestro ejemplo y modelo, pero librados a nuestras propias fuerzas seríamos incapaces de seguirlo, terminaríamos plegando su mensaje a nuestras ideas humanas, y ya no podríamos “hablar en todas las lenguas” porque nuestro anuncio hablaría más de nosotros y nuestras pretensiones que de Dios. Los hombres verían ese mensaje como algo extraño y exterior a ellos. Pero si el Espíritu Santo realmente vive y obra en nosotros, cada persona que reciba el testimonio creyente de nuestra palabra y nuestra vida podrá reconocer en ellas un mensaje de Dios dirigido a ella personalmente, en las condiciones únicas de su propia existencia, es decir, “en su propia lengua”.

La fiesta de Pentecostés debe infundirnos la certeza de que poseemos el Espíritu Santo, que habita en la Iglesia y ella nos comunica. Así, cada uno de nosotros tiene sobre sí una “lengua de fuego”: el carisma del Espíritu para superar todas las barreras humanas y hacer posible que, a través de nosotros, “todos escuchen anunciar en su propia lengua las maravillas de Dios”.

P. Gustavo Irrazábal